

La nueva mujer argentina: CON MENOS MIEDOS, CON CON MUCHAS GANAS...

Cambiamos. Crecimos. A golpes, con marchas y contramarchas. Sin limitarnos. Como madres, asumiendo una maternidad elegida y compartida. Como pareja, dejando de apoyarnos tanto en el hombre y poniéndonos a su par. En nuestros trabajos y profesiones, empezando a ocupar puestos directivos. Conectándonos íntegramente con nuestro cuerpo y dedicándonos al deporte. En la política, convirtiéndonos en las grandes protagonistas del compromiso. Quisimos reflejar estos logros, cada realidad, esa totalidad de mujer somos.

La mujer y el trabajo: cruzar fronteras sin perder la identidad

Gerentas, empresarias, funcionarias, profesionales exitosas. En los últimos años, son pocos los puestos a los que las mujeres argentinas no tenemos acceso. En algunos casos, las cifras son más elocuentes que las palabras: en nuestro país, una de cada 4,6 personas que trabajaban en 1960 eran mujeres, una de cada 4 en 1970, y una de cada 3,6 en 1980. Además, aumentó el porcentaje de graduadas universitarias: en 1970 éramos el 36 por ciento del total de recibidos; actualmente llegamos al 48 por ciento. Y para dejar las estadísticas, concluyamos con que las mujeres aumentamos nuestra incorporación al mundo laboral de un 23 por ciento en 1960 a un 27 por ciento hoy. Por otra parte, y a pesar de la crisis, los sueldos superiores a los 100.000 pesos argentinos ya no son para nosotras una figura retórica. En 1980 ya cinco mil mujeres ocupaban

cargos jerárquicos en el país. Claro que no todo fue un jardín de rosas. De la sentencia: "El hogar del hombre es el trabajo, y el trabajo de la mujer es el hogar", a la realidad de estas cifras, tuvimos que sortear formidables obstáculos y vencer terribles prejuicios. A medida que nos incorporamos a papeles tradicionalmente reservados a los hombres, desconfiados interrogantes flotaban en el aire: ¿seríamos capaces?, ¿nos volveríamos más masculinas o los lugares de trabajo se tornarían más femeninos?... No fue fácil. Las culpas, la confusión de papeles, nos marcaron a fuego durante años. Muchas veces nos costaron la pareja; otras, una buena relación con nuestros hijos y también la identidad femenina. A veces nos detuvimos llenas de dudas como ocurre siempre con el explorador que está abriendo un camino nuevo. Más de una mañana, al salir para el trabajo nos dolió el rostro no muy convencido de nuestra pareja, la voz quejumbrosa de un hijo que se sentía "abandonado". Aun así, avanzamos. Avanzamos, peleando con uñas y dientes, a los tropezones; adelantando un paso y retrocediendo dos. Gradualmente y cada vez

mejor. Algunas quedaron en el camino, la mayoría recién empieza y otras ya están decidiendo los destinos de su propia empresa. Para bien o para mal, llegamos. Quizá suene soberbio de nuestra parte decirlo. Quizá no nos corresponda reclamarlo, pero difícilmente lo hagan otros por nosotras. Por todo esto, suenan tan armónicas las coplas de María Elena Walsh: "Quien nunca fue mujer ni trabajador / piensa que el de ayer fue un tiempo mejor".

Laura Ramos



María Luisa Bemberg: "Con el trabajo ganamos en independencia, en libertad; establecemos una comunicación con el mundo exterior que nos brinda posibilidades de crecimiento".

MAS PROBLEMAS, ASI SOMOS HOY

La nueva madre: una persona, no un aparato de reproducción

Extraña denominación ¿verdad? Sin embargo, la nueva madre existe y es una realidad que se expresa en la dignidad con que se elige la procreación voluntaria. Esto no es otra cosa que el derecho que todas tenemos de tener nuestros hijos en el momento que queramos sin dejar de existir como individuos. Según estadísticas confiables, el promedio de hijos en la Argentina es de 2,9 por mujer. Quiere decir que cada pareja, en nuestro país, puede criar —y lo elige— no más de dos chicos. Si pensamos que es una limitación, vale la pena que pensemos con los pies en la tierra y bien informadas. Ya no se trata de parir quince chicos para que sobrevivan tres o diez. Ahora se responde al "deseo" de ser madre, al deseo de buscar el momento propicio para que ellos nazcan y criarlos para que vivan queridos y dignamente. Una se pregunta, entonces, ¿nos estaremos computadorizando como robots? De ninguna manera;

simplemente queremos y creemos en la planificación familiar. Por eso, esta nueva madre que somos no es más (ni menos) que un sentimiento común a cada vez más madres que se sienten personas completas y no mujeres resignadas a la maternidad biológica. ¿Estaremos panfleteando sólo a favor de nosotras mismas? No, somos conscientes de la existencia de hombres dispuestos a ejercer sus papeles paternos. No importa la situación legal en que nos encontremos. Podemos estar solas; sin embargo tenemos en cuenta que la responsabilidad es de los dos y tratamos de hacerla valer. Las "nuevas madres" estamos dejando de



Irma Constanzo, guitarrista, viaja por el mundo sin separarse de su hija de seis años. Comparten el placer de estar juntas.

ser las sabelotodo y empezamos a decirles a los chicos: "Esto no lo sé. Si quieren, lo aprendemos juntos". Nos vamos dando cuenta de los excesos y la sobreprotección. Sabemos que



Ana María Picchio sigue descubriendo que su madurez como actriz va de la mano de Delfina, su hija de cuatro años.

los chicos no son esos "locos bajitos" ni impertinentes. Estamos aprendiendo a respetarlos y ellos nos respetan. Podemos pedirles ayuda sin culparnos... y la recibimos. Podemos jugar con ellos sin sentirnos aburridas o excluidas. Participamos. Fantaseamos. Compartimos. No estamos solas. Hombres y mujeres, todos estamos metidos en la misma empresa. Ya no hay quien nos engañe: para ser madres, ahora, luchamos (hombres y mujeres) para terminar de ponernos de acuerdo y complementar de una vez por todas las funciones que se suman con la llegada de un hijo.

Suana Vargas

Tenemos un cuerpo: para mostrarlo, sentirlo y cuidarlo

Poco a poco las mujeres fuimos tomando conciencia de nuestro cuerpo y de sus posibilidades. Ahora sabemos que podemos dedicarnos con alma y vida a un deporte y triunfar. También podemos descubrir el ritmo y la armonía a través de la danza

o la expresión corporal. Aunque en nuestro país es difícil profesionalizarse en un deporte, tenistas como Emilse Raponi e Ivanna Madruga salieron al mundo a pelear su puesto. Y una adolescente de 14 años, Gabriela Sabatini, va está primera en el ranking mundial de juveniles. Podemos decidir qué forma de vida queremos y ya no nos asusta pensar que por un objetivo tenemos que dejar otras cosas en el camino. Las ocho deportistas argentinas que fueron a las Olimpiadas de Los Angeles saben muy

ASI SOMOS HOY

bien lo que es dedicarse por entero a perseguir una meta, sin distraer su energía o su atención. Las mujeres podemos elegir la soledad y asumirla como el costo de nuestras aspiraciones.

Giras, partidos, negocios, entrenamientos, triunfos y fracasos forman parte de la elección de esa nueva mujer. Y mientras unas eligen este camino, otras iniciaron la experiencia del conocimiento del propio cuerpo. Disciplinas como el yoga, la expresión corporal, la gimnasia jazz o el método de Jane Fonda nos ayudaron a conectarnos cada vez más profundamente con esa inexplorada corteza material de la que estamos hechas. Nos preocupan nuestros kilos de más, pero también nos interesa sentir placer al movernos, seguir el ritmo de la música o expresar un sentimiento con el lenguaje perfecto y olvidado de nuestro cuerpo.

Graciela Gravino



Madelaine Reynal, profesora de danza jazz: "Las mujeres aprendimos a convivir con nuestro cuerpo y a expresar con él todo lo que sentimos, sin falsos pudores y sin prejuicios".

La mujer amante: el hombre es un compañero de ruta, no un bastón

La "nueva mujer" es alguien que está a la búsqueda de nuevos modelos para poder definirse. Alguien que hizo cambios fundamentales y que no les teme, pero que a veces se siente desconcertada. Casi siempre alejada del esquema tradicional que le ofreció su madre, la nueva mujer camina hacia sus objetivos sin modelos previos, con marchas y contramarchas, con aciertos y pasos en falso.

Necesidad y voluntad de cambio frente a inhibiciones y prejuicios más fuertes que ella. Características imposibles de obviar si hablamos de su nueva actitud frente al sexo, a la manera de relacionarse con los hombres y formar una pareja. Lo nuevo significa no sentarse a esperar que suene el teléfono, con todo lo que esto implica, más allá de la anécdota en sí misma: haber abandonado el viejo molde mujer pasiva-hombre activo y tomar iniciativas cuando las circunstancias lo requieren. Sin perder femineidad, claro está.

Nos alzamos junto al hombre —no contra él— como seres humanos con igual derecho a pensar, actuar y vivir con originalidad, ya no más meros "complementos" de su existencia, leves reflejos de lo que él decla o pensaba.

Aprendimos a disentir sin por eso creernos superiores y a estar de acuerdo sin que nos ahogara una sensación de sometimiento. El diálogo franco y abierto reemplazó la rebelión o la dependencia. Este permiso de pensar libremente que nos otorgamos sin reclamárselo a nadie abrió nuestra inquietud a todas las

fascinantes complejidades de un mundo que en arte, ciencia, política, relaciones humanas, amor y sexo, trabajo y dinero lo estaba cuestionando todo.

Puesto que estábamos alertas, tuvimos algo que decir y el mundo que se está gestando ahora llevará también nuestra marca.

A través de la fábrica, la universidad o el sindicato habremos contribuido a moldearlo y el futuro dirá si hemos conseguido hacerlo más humano, mejor.

Nuevo es también haber podido dejar atrás represiones y animarse a descubrir el propio cuerpo: sus sensaciones, lo que necesita a la hora de hacer el amor y que ahora las mujeres se atreven a pedir. Largo camino que comenzó con el



Soledad Silveyra, se casó, se separó, creció como actriz y tiene dos hijos de 10 y 13 años: "No todos los días son color de rosa. Ser separada, actriz y mujer, no es fácil".

convencimiento de que el primer paso para conocer al otro era conocerse a sí mismas. Y de ahí en más, lo placentero y lo instintivo dejaron de ser tabúes. El cuerpo no es más algo pecaminoso, algo que durante tanto tiempo se ocultó. Ahora es, entre otras cosas, el vehículo para dar y recibir placer sin culpas. O en todo caso, con las culpas tan bien escondidas como para que molesten poco.

Cada vez menos mujeres ven en el matrimonio el "fin último de su vida". A generaciones enteras se las educó en el convencimiento de que una mujer que no se casaba era una "carente". El concepto, afortunadamente, se va superando día a día y algunas mujeres eligen no casarse por decisión propia. Tan respetable, en todo caso, como la de las que eligen vivir en pareja.

¿La nueva pareja? Todavía, a nuestro juicio, un proyecto al que le falta definición. En principio, un buen número de mujeres comprendió que el modelo tradicional de matrimonio, el que habían formado sus padres, no podía ser copiado fielmente. Por una razón muy simple: los tiempos cambiaron, hubo transformaciones sociales que colocaron a las mujeres en posiciones importantes fuera de sus casas, y eso modificó inevitablemente las relaciones del grupo familiar.

La mujer comenzó a exigirle a su compañero una cooperación nueva. El reparto de funciones dejó de ser un "cliché feminista", para convertirse en una necesidad derivada de las nuevas obligaciones femeninas.

Trabajar fuera del hogar a la par del hombre, ocuparse de la educación de los hijos y del funcionamiento de la casa, y además de eso estar